

**Viaje y aventuras de Bartholomew Sharp
y otros en el Mar del Sur**

(Anónimo)

Traducción al español del original inglés “*The Voyage and Adventures of Bartholomew Sharp and Others in the South Sea*” a cargo de José M. Ruiz Pérez.

*En las presas
yo divido lo
cogido
por igual.*

*Sólo quiero
por riqueza
la belleza sin
rival.*

José de Espronceda.

No es sino el hambre insaciable de oro lo que, tan a menudo, incita a los hombres a acometer las empresas más audaces y fue ése el cebo que nos tentó a nosotros, una banda de alegres camaradas, de cerca de trescientos en número, todos soldados de fortuna, y a las órdenes del capitán John Coxon, al que elegimos nosotros mismos, para que nos alistáramos al servicio de uno de los ricos reyezuelos indígenas del O, el Emperador del Darién, cuyo territorio toma su nombre de un río homónimo que desemboca en el océano Pacífico, y que atraviesa casi todo el istmo, el cual se halla entre los que fueran antaño los dos grandes imperios de Méjico y del Perú, uniendo a las Américas del Norte y del Sur.

Hasta ahora, estos reyezuelos controlaban una vasta extensión de terreno, más o menos por lo que es la bahía del Darién, si bien, en la actualidad, se han visto reducidos a una zona mucho menor por sus enemigos, los españoles, con quienes mantienen guerras continuas.

El centro de su imperio se ubica, al presente, en un sitio al que conocemos como la isla dorada, no muy lejos de Portobelo, donde éstos embarcan sus tesoros de vuelta a la Península.

Tras ser invitados, cortésmente, por los indios, y después de tratar con el Emperador en persona, quien nos escuchó complacido, éste nos tomó a su servicio, aceptando acompañarnos e intentar la recuperación de algunos de esos enclaves que los castellanos habían ocupado, y de los que le habían despojado. Y, en particular, de Sta. María, la que fuera una vez la sede episcopal de la diócesis, antes de que ésta se trasladara a Panamá. Ahora no es más que una humilde población que cuenta con un pequeño castillo que les sirve a los españoles de fortaleza mientras recolectan oro en polvo, depositado en las arenas de un río que vierte en el del Darién.

La esperanza de un acaudalado saqueo nos animaba a deleitarnos en estos pensamientos. No obstante, habíamos resuelto, unánimemente, que, en caso de no conseguir el éxito apetecido, nos embarcaríamos en otra aventura, aún más temeraria, y que no era sino la de bajar por el susodicho río del Darién, a bordo de nuestras canoas, y sorprender a la tal localidad y a los barcos allí surtos, ya que se trata del puerto donde los españoles descargan sus galeones, los cuales traen sus riquezas desde Ciudad de los Reyes, o Lima, que es como todavía la llamamos, como asimismo de todo el Mar del Sur. Además, es también desde allí desde donde exportan todas las mercancías que les llegan de Europa, que se desembarcan en aquélla para conducir las, a campo traviesa, hasta la metrópoli.

A pesar de que la intentona parecía descabellada, pues no disponíamos de embarcaciones allí, y teniendo en cuenta que el único camino de vuelta al hogar del que teníamos noticia por entonces era el E. de Magallanes, o bien el de Le Maire, una vez nos hubiésemos apoderado de algunos de sus navíos, el deseo por regresar a la patria con los cofres cargados con oro español, y con pesos duros, pronto se impuso sobre cualquier otra consideración. Del mismo modo, nos animó mucho el que los indios nos aseguraran que llegaríamos mucho antes de que los españoles pudieran saberlo e, igualmente, la promesa de contar con la compañía del Emperador, que era por quien peleábamos. Como digo, fueron todas estas ventajas las que nos indujeron a alistarnos y a ponernos a su servicio.

Lunes 5 de abril. Cuando todo quedó acordado, el lunes cinco de abril desembarcamos sobre las siete de la amanecida, iniciando la marcha hasta las dos p.m., con el Emperador al frente, y pasando la noche en unas casas indias que nos proporcionaron alojamiento.

Martes 6. Al rayar el alba, reanudamos la caminata, después de haber dormido en el frío suelo, al raso y bajo el cielo estrellado, pues las habitaciones y los lechos de seda eran tan raros aquí como en tiempos de Adán, lo que no invitaba a quedarse mucho tiempo. Subimos por una escarpada montaña hasta eso de las tres, que fue cuando descubrimos un manantial de agua dulce, y cuando nos sentamos a descansar. Luego recorrimos unas seis leguas más, acampando al lado de un río.

Miércoles 7. Por la mañana temprano continuamos avanzando, camino de la residencia del Rey de la gorra de oro, hasta las cuatro, siendo entonces cuando nos topamos con dos indios que nos traían fruta de parte de aquél. Aceptamos el obsequio, con la debida gratitud, tras lo cual anduvimos una hora más hasta llegar a su palacio, donde nos aguardaba, acompañado por la nobleza local y por los hombres más señalados, y donde nos brindó una calurosa bienvenida, atendiendo a todas nuestras necesidades. Estas gentes son muy hermosas, y de un color algo tostado, aunque de miembros vigorosos y bien proporcionados. Son muy serviciales y atentos, tal y como comprobaron aquellos de los nuestros que luego se volvieron por donde habíamos venido.

Jueves 8. Hoy nos quedamos en la residencia real, pues nos regalaban muy a nuestro gusto, donde constatamos que nuestros aliados eran muchos, y muy resueltos, y que estaban tan bien armados como nosotros.

Viernes 9. Nos despedimos a la alborada siguiente. Ya que el sendero que seguíamos estaba en malas condiciones, tuvimos que vadear un río unas cincuenta o sesenta veces, lo que estuvo muy cerca de echarnos a pique. Al fin, vimos tres grandes chozas indias que nos dieron un respiro, y donde hallamos todo lo necesario para recuperarnos a nuestra disposición, todo ello por cortesía de Su Majestad y del Emperador, como plátanos, bananas y carne cruda, aunque el lecho era el mismo que el que la Naturaleza le brinda a los animales, mucho más inofensivos que nosotros, esto es, la tierra desnuda.

Sábado 10. Continuamos con la marcha, acampando por la noche donde los poetas imaginan tantas dulzuras, y tantos encantos para los sentidos, si bien, en cuanto a mí, no habría envidiado su pasatiempo de haber contado, a cambio de las verdes riberas del río donde nos recostamos, ya estuvieran perfumadas con rosas o con jazmines, con su tálamo. Nuestros exhaustos miembros no hallaban dónde descansar ni nuestros sentidos gozaban de ningún alivio, aparte del que les daba el sueño.

Domingo 11. Por la mañana temprano, aprovechando que nuestros aliados indígenas poseían unas cuantas canoas, no de gran tamaño, algunos de los nuestros montaron en ellas y descendieron por el río, en el que arrostraron ciertos peligros, tanto naturales como artificiales. Los primeros fueron las inmensas cataratas, seguidos por los enormes árboles que arrojaron los españoles, todo lo cual hizo que perdiésemos varias de nuestras canoas, por lo que a los demás no les cupo otra que ir a pie hasta el lugar que el Emperador les había indicado para que se reunieran con él.

Lunes 12. El resto embarcamos hoy en un sitio que éste había provisto con más canoas, disfrutando de una buena travesía. Sobre las cuatro llegamos al punto convenido, mas no encontramos a los nuestros, tal y como esperábamos, quienes habían embarcado el día anterior, por lo que nos dio que pensar que los indios nos habían querido separar, con la intención de traicionarnos, y siguiendo las indicaciones de los españoles. El Emperador, que notó nuestra inquietud, a tenor de nuestras murmuraciones, ordenó que una canoa remontase otro brazo del río, en busca de nuestros compinches, a quienes descubrió en dos

embarcaciones que vinieron a toda prisa hasta nosotros, informándonos de que se encontraban sanos y salvos, de que los indígenas les habían tratado muy bien y de que se reunirían con nosotros a la amanecida siguiente. Así que les esperamos aquí toda la noche.

Martes 13. Hoy nos reunimos con toda la partida, la cual se reafirmó no poco en su buena opinión acerca de los nativos y de su fidelidad para con nosotros. Permanecemos aquí todo el día, con el propósito de tomarnos un merecido descanso, y para acondicionar las armas y otros efectos, necesarios para las marchas de los días posteriores. El Emperador nos hizo saber que la ciudad no quedaba lejos, noticia que nos agradó mucho porque lo fastidioso de la caminata pronto nos hizo perder todo deseo de estar más tiempo al aire libre, ahora que habíamos descendido un gran trecho por el río. Tanto el Rey como el Emperador nos habían suministrado a todos piraguas más que de sobra.

Miércoles 14. Nos levantamos al orto, embarcando todos a continuación, el Emperador y el Rey también. El primero vestía una toga suelta, toda de oro puro, extraordinariamente rica y espléndida, mientras que el segundo iba ataviado con un gabán de algodón blanco, con flecos por la parte baja, una correa hecha con dientes de tigre alrededor del cuello, un sombrero de oro puro y un anillo, más una placa que le colgaba de la nariz cual una concha de oro. Tal es la indumentaria que caracteriza aquí a la gente principal y, por lo que pude inferir, lo único que les distingue. Hoy no descansamos ni durante el día ni durante la noche, sino que nos ocultamos en la espesura hasta el amanecer, no sin antes habernos acercado hasta dos millas de Sta. María.

Jueves 15. Sobre las seis de la mañana, atacamos la villa, sometiéndola sin apenas resistencia, ya que sólo la defendía una empalizada, y porque estaba compuesta por viviendas de paja. Los españoles conservaban este alcázar de Sta. María por su utilidad a la hora de almacenar oro en polvo, que el río provee generoso, mientras que los pobres indios les servían de esclavos. Puesto que nos dijeron que en este sitio había oro bastante como para enriquecernos a todos, no quisimos avanzar más, aunque los desconfiados españoles se lo llevaron dos días antes, en la presunción de que sabrían ponerlo a buen recaudo, mas no tanto como lo habríamos hecho nosotros.

Sábado 17. Si los desengaños constituyen un buen acicate para los deseos de venganza, el triunfo es imposible sin un firme propósito. Azuzados por esta idea, y resueltos a no regresar con las manos vacías, recurrimos a las canoas, embarcando cuantas vituallas pudimos, y con la bajamar descendimos, río abajo, hasta el Mar del Sur, a ver qué suerte nos esperaba en dicho océano. No lejos de ahí, aquél fluye alcanzando cerca de dos brazas. Por lo demás, está repleto de bancos y de bajíos que se secan cuando baja la marea. Alrededor de la medianoche, dimos con una fuente de agua, donde bebimos, pues el río estaba salado, y junto a la cual permanecemos hasta la mañana siguiente, abasteciéndonos. La desembocadura estaba a oscuras, una de cuyas ramas procedía de las minas de oro pero, al carecer del cloruro imprescindible para purificar el mineral, resolvimos que lo mejor sería ir a buscarlo donde podíamos encontrarlo, con la efigie del Rey de España grabada en él, porque nos gustaban las monedas extranjeras, como les ocurre a todos los jóvenes.

Domingo 18. Esta alborada retomamos nuestro camino, descubriendo el Pacífico a eso de las once. Algo después nos llegamos hasta una diminuta isla, cerca del estuario del río del Darién, donde reposamos. Desde ahí pasamos a otra, distante unas dos leguas, y que fue donde nos cobijamos.

Lunes 19. Partimos al amanecer. No habíamos remado ni media hora cuando el viento arrulló muy recio, y contra el reflujo, lo que provocó un pavoroso oleaje que cerca estuvo de poner punto y final a todas nuestras aventuras. Y tanto es así que una de las canoas volcó, con siete hombres a bordo, si bien se complació Dios en que todos salvaran la vida, incluidos aquellos que, con gran riesgo, acudieron en su ayuda. Es una verdad, aceptada a medias, que los que están destinados a la horca no han de ahogarse jamás, lo que se comprobó con nosotros en Port Royal, Jamaica, donde colgaron a uno de los nuestros, mientras que a nosotros por poco no nos pasó tal cual aquí en Londres. Tras sufrir una violenta tormenta, recalamos en la orilla, sobre un largo banco de arenillas, donde construimos una choza que, para nuestro gran contento, nos dio refugio esa noche.

Martes 20. Por la mañana zarpamos, con nuestra flotilla de piraguas, pues el tiempo volvía a ser bueno. Hacia el meridión las rachas soplaron violentas de nuevo, aunque como querer es poder, seguimos adelante. A eso de las dos p.m. pusimos pie a tierra en una isla para buscar algo de agua y, tras hallar alguna en unos agujeros fétidos, la bebimos tan alegremente. La tal es empinada, redonda y rocosa, con abundancia de aves marinas. No nos quedamos mucho rato en ella, sino que, para las cuatro, nos llegamos hasta Planting Island, donde encontramos una barcaza a la que subimos a algunos de los nuestros porque íbamos escasos de embarcaciones. En este mismo lugar acampamos durante la noche. La barcaza se convirtió ahora en nuestra Almiranta, llegando a albergar a ciento treinta marineros, mientras que el resto se componía de canoas con entre seis y quince.

Miércoles 21. A la otra dejamos la isla, rumbo a la de Chipila, en busca de provisiones, junto a la barcaza y las piraguas. Por el camino nos dimos de bruces con un jabeque de guerra español que nos embistió, causándonos un muerto y cinco heridos, por lo que, acto seguido, se marchó. Sin reservas, y comprendiendo que habríamos de ser emboscados continuamente, desembarcamos en dicha ínsula, en la que pasamos la noche.

Jueves 22. Puesto que ésta no ofrecía más que lo justo para nuestras necesidades, estábamos empeñados en seguir buscando, así que pusimos proa hacia el O, costeano la orilla todo el día y la noche siguientes, en la esperanza de recalar en otra distinta, de la que nos informaron que reunía todo aquello que precisábamos.

Viernes 23. Salimos, otra vez, con la barcaza y con los ciento treinta marineros que transportaba, a quienes habíamos mandado, temprano por la mañana, en busca de agua allí donde la podrían encontrar, viendo poco después a tres paquebotes españoles que montaban doscientos ochenta hombres a bordo y que se enzarzaron con nuestra flotilla de piraguas, las cuales apenas superaban los doscientos, y mal contados. Habían sido despachados por los vecinos, a quienes ya habían alertado los de Sta. María, con la idea de salirnos al paso, carentes como estábamos de medios navales, o de cualquier otro tipo de defensa, y no contando sino con canoas que no superaban los seis, ocho o diez marineros, a veces los quince, y capaces de hacer volcar a la mayor de ellas de aglomerarse todos en un lado. Sin embargo, lejos de amilanarnos ante la desproporción de fuerzas en liza, y antes que ahogarnos en el mar, o de suplicarles cuartel a los españoles, a los que siempre derrotamos, decidimos pelear a sangre y fuego, de modo que, tras un reñido combate, abordamos a una de las barcasas enemigas, apresándola al instante, no sin antes barrer con muestras mechas a quien osase asomar la cabeza por la cubierta. Después de ésta cayó la segunda, mientras que la tercera es seguro que habría corrido la misma suerte si no se hubiese zafado a tiempo, aunque, en honor al valor demostrado por los comandantes, hay que reconocer que aguantaron cuanto pudieron, y eso que les acosamos sin descanso. Así pues, si bien no sabemos con certeza cuántos enemigos perecieron, estamos seguros de que fueron muy

pocos los que escaparon ilesos. En lo que hace a nosotros, tuvimos que lamentar la muerte de once de los nuestros, más treinta y cuatro heridos graves. Como estas embarcaciones sólo realizan este tipo de misiones, quiere decirse que no pudieron prestarles muchos cuidados a nuestros lisiados, así que fuimos en pos de otra, de mayor tamaño, y a la que no tardamos en dar caza, alojándoles en ella, y de esta guisa nos presentamos ante Panamá, con el fin de demostrarles que no se librarían de nosotros tan fácilmente, y donde teníamos pensado atenderles a todos.

Domingo 25. John Coxon, apoyado por cincuenta hombres, convenció a los indios para no avanzar más. Al parecer, su reputación había quedado un tanto en entredicho a resultas del último enfrentamiento, en el que algunos le acusaron de cobardía, lo que le llevó a distanciarse de nosotros, tomando consigo a su cirujano y a la mayoría de las medicinas a su alcance, sin mostrar ninguna consideración, ni miramiento alguno, por nuestros magullados, que estaban embarcados, y que sumaban cuarenta, como habría cabido esperar que hubiera actuado un hombre de honor. Antes al contrario, su decisión por marcharse, acompañado por medio centenar de soldados sanos, provocó que nuestra retirada se hiciera de lo más insegura y, asimismo, que nos quedáramos sin lo inexcusable para sanar a los entecos y a los dolidos, algo que el resto de la tropa no supo en aquel entonces.

Lunes 26. Con el capitán ido, los capitanes Sawkins y Sharp, a quienes el Emperador había otorgado plenos poderes, decidieron esperar hasta que los enfermos se recuperaran. Después de esto, nos estuvimos un tiempo raptando varias embarcaciones, una de las cuales se desvaneció al amparo de la noche, si bien la perseguimos con una gabarra hasta dentro del puerto, y tan cerca de la orilla que podíamos escuchar hablar a los españoles, de manera que la atrapamos. Traía a bordo el estipendio de la guarnición, sesenta mil duros, de los que nos apoderamos, y que nos repartimos, al día siguiente, a razón de doscientos cuarenta y siete por cabeza. Acto seguido, nos encaminamos a una pequeña isla, a la que llaman Taboga, para suplirnos de madera, de agua y de otras cosas de las que teníamos menester, permaneciendo allí hasta el trece de mayo.

13 de mayo. Habiendo bloqueado la entrada durante tantos días, y tras ponderar seriamente los pros y los contras de nuestra actual situación, andando escasos de víveres como andábamos, resolvimos que lo mejor sería hacernos con alguna que otra población del continente que nos pudiese abastecer, así que levamos anclas y pusimos proa a la costa, que bordeamos, sin cesar, hasta el veintitrés de mayo, día en que llegamos a los atolones de Coiba.

25 de mayo. Desembarcamos a algunos hombres, en busca de alimentos, en estas islas, adonde Sawkins había arribado ya antes que los nuestros, que estaban con Sharp en otros botes, y a las que aquél acometió con gran precipitación, cargando abiertamente contra los de la ciudad, la cual ya había sido advertida, con antelación, de nuestra presencia, y que se hallaba defendida por varios parapetos, de suerte que los vecinos de la villa le recibieron con un nutrido fuego de mosquetería. Pero, al ser Sawkins de los que no se arredran ante nada, ni ante nadie, de este mundo, arremetió, intrépido, contra ellos, alcanzando la última de las empalizadas enemigas, y trabándose contra mil españoles, sin que pareciese importarle el hecho de que aún no hubieran desembarcado ni una cuarta parte de los ingleses. Fue allí donde, desgraciadamente, resultó muerto, junto con dos soldados más y cinco heridos, tal y como nos describieron los que regresaron. Los demás se dieron a la fuga, de emboscada en emboscada, hasta que subieron a las barcasas, justo cuando el resto de la tropa ponía pie en tierra. Así pues, la excesiva temeridad, sumada a la falta de coordinación, frustró nuestros planes, aunque por lo menos nos hicimos con una falúa, en el delta del río,

que iba cargada con manteca y maíz, y que fueron muy bienvenidos, teniendo en cuenta la situación en la que nos hallábamos. Acto seguido, regresamos a los botes.

Una vez que reembarcamos, el hondo malestar que la muerte del capitán Sawkins había causado entre la tropa se tradujo en un gran motín, en el transcurso del cual otros setenta y cinco de nuestros compatriotas nos abandonaron, cogiendo el mismo camino por el que habíamos venido, y rescindiendo sus contratos con el Emperador. Cooke, que estaba al mando de uno de los barcos, tampoco estaba muy satisfecho con el cariz que tomaban los acontecimientos, por lo que hizo lo propio y se pasó al bando de Sharp.

Llegados a este punto, lo cierto es que las cosas no pintaban nada bien en absoluto. Pese a todo, este último, al que se le había nombrado capitán, o más bien general en jefe, prefirió encarar todas las dificultades y no dejar en la estacada a los pobres heridos, probando suerte, otra vez, en el Mar del Sur.

Por todo ello, encargó al señor John Cox que pusiera a punto al Mayflower, y que le asignara una dotación de cuarenta marineros, a lo que aquél obedeció, de modo que ya sólo nos quedaba encontrar un lugar donde carenar, tarea que nos ocupó hasta el seis de junio. Ese mismo día zarpamos, por la tarde, y desde el archipiélago de las Coiba, destino a las Galápagos, siete islas que están bajo el ecuador, y a eso de cien leguas del continente.

Martes 8 de junio. La más oriental de aquéllas surgió, ayer a las doce, por el N y a una lejanía de seis. Latitud 07° 30'. Lebeche del SO, y mucha lluvia. El primero bramó del SO y del SO por el S durante tanto tiempo, mientras que la segunda fue tal, que no pudimos descender al meridián, sino que nos topamos con una, llamada Gorgona, que se sitúa en los 02° 10' de latitud N, y donde hallamos todo lo que necesitábamos, y más que de sobra, para abastecer a las embarcaciones. Fue el diecisiete cuando la alcanzamos.

17 de junio. Estuvimos aquí calafateando a la Trinity, aunque sin izar su quilla, ya que el palo mayor se le había resquebrajado, si bien al Mayflower, del capitán Cox, la condujimos hasta la orilla, donde la revestimos con una buena capa de sebo. En la isla abundan la madera, el agua, la leña, las perlas, las ostras, los conejos y los chimpancés, más algunas que otras tortugas comunes, y de las que nos alimentamos hasta el veinticinco de julio de 1680.

25 de julio. Este domingo salimos de Gorgona, rumbo S, y con viento del O y del OSO. El veintiséis y el veintisiete surcamos la costa, con los mismos aires del veinticinco.

Miércoles 28. Tanto durante el día como por la noche el viento vino de todas las direcciones y con mucha lluvia. En el transcurso de la segunda le perdimos el rastro a la Trinity, por lo que bajamos las gavias y viramos la ruta, estando muy atentos todo el tiempo, pues juzgamos que nos quedaba a barlovento, pero como no vimos nada desplegamos el velamen y pusimos proa hacia aquél.

Jueves 29. El aire, durante el día, se nos ha estado aproximando desde el O, mientras que por la noche lo ha hecho desde el SE, de suerte que zigzagueamos a lo largo de la costa. Por lo demás, ha estado lloviendo, con tanta intensidad, que hemos llenado hasta siete tinajas con agua y, asimismo, se nos rompió el mastelero de gavia cuando nos disponíamos a izar más velamen.

Viernes 30. Continuamos avanzando, sin apenas ninguna dificultad, arrojando por la borda el mastelero y fabricando uno nuevo con el palo de mesana.

Sábado 31. Disfrutamos de buen tiempo, con el viento entre el S y el OSO, y pegándonos a la orilla, a una profundidad de cinco a diez brazas. En tierra se ven acantilados, elevados y de un color rojizo.

Domingo, 1º de agosto. Seguimos recorriendo la costa, con clima despejado, a la altura de los 01° 40' de latitud N.

Lunes 2. Igual que ayer. Viento del S y del SSE.

Martes 3. Nos alejamos unas diez leguas del litoral y, ya en esta posición, nos colocamos al barlovento del cabo S. Francisco, a ocho. La corriente manó, con fuerza, hacia el S.

Miércoles 4. Proseguimos recorriendo la costa, con buen tiempo. Latitud 00° 20' S.

Jueves 5. Seguimos nuestro camino, hacia el barlovento, a veces alejados cinco o seis de la orilla, y con aire del SSO. Tiempo encapotado.

Viernes 6. Más de lo mismo, y lebeche del SO.

Sábado 7. Continuamos, rumbo al barlovento, dentro de una bahía conocida como Manta, donde se sitúa un poblado indio, del mismo nombre, y que está muy bien abastecido con maíz y con aves de corral.

Domingo 8. Hemos llegado a las inmediaciones del cabo de S. Lorenzo, que es muy escarpado. Un tanto en su interior se divisa un montículo alto, en forma de pilón, cuyo nombre es Monte Cristo.

Lunes 9. Rebasamos el cabo.

Martes 10. Esta amanecida anclamos en la cara nororiental de la isla de la Plata, o isla de Drake, que es el lado reservado para el atraque. Es abundante en cabras, peces y tortugas, aunque el agua escasea, y carece por completo de leña, si bien proliferan los pequeños matojos. El terreno es liso, hallándose ubicada la isla a cinco leguas al SO por el S del cabo. Amarramos, a diez brazas, en un fondo limpio, en una ensenada también muy abrupta.

Miércoles 11. Envié a nuestro bote a que la explorara, el cual regresó por la noche, cargado con algo de pescado que habían aprehendido con anzuelo y sedal.

Jueves 12. Abrimos un hoyuelo, a la vera de un pedrusco, y extrajimos un poco de agua.

Viernes 13. El capitán Sharp, para nuestro gran regocijo, apareció hoy a bordo de la Trinity, pero lo cierto es que, si hubiera zarpado la noche antes, aquellos de los nuestros que habían ido al lado del barlovento a cazar cabras no habrían hundido la canoa, pues todos dábamos por seguro que dicha nave se había dirigido, con esa misma ruta, hacia la costa del Perú.

Sábado 14. Los nuestros trajeron nueve tortugas, al tiempo que seguían sacando agua día y noche, ya que la que teníamos no era bastante.

Domingo 15. La tropa ha bajado a tierra a darse un atracón de barracudas, chivas, peces y demás.

Lunes 16. Le pasamos la manguera un par de veces a nuestro jabeque, habiéndolo inclinado un tanto, y lastrándolo, igualmente, con dos o tres toneladas de carga.

Martes 17. En el día de hoy abandonamos la isla de Drake, viento del SSO, y con buen tiempo. Latitud 01° 25'. Es aquí donde se cree que Sir Francis repartió su botín, y donde muchos de los nuestros derrocharon el suyo, estando dispuestos a recobrarlo en nuevas aventuras.

Miércoles 18. Hemos avanzado poco hacia el barlovento, por culpa de una marea que nos empujó en dirección contraria. Brisas del S y del SSO.

Jueves 19. Nos hemos estado alejando y acercando a la costa, intermitentemente, y adelantando poco hacia el barlovento. Tiempo encapotado y aires del S y del SO.

Viernes 20. Continuamos nuestro recorrido a lo largo del litoral, si bien sufrimos un espeluznante torbellino del sotavento. Ostro del S y galernas de poca intensidad.

Sábado 21. Igual que ayer, con vientos del S al SO.

Domingo 22. La marea ha aflojado, mientras que la brisa nos ha sido favorable por la noche, de manera que continuamos avanzando. Viento del ESE y clima turbio.

Lunes 23. Aires del OSO, y buen tiempo. Alcanzamos la Punta de Sta. Helena, que se asemeja a una isla desde lejos y que, al acercarte a una o dos leguas, parece un barco en dique.

Martes 24. Nos sorprendió una poderosa corriente, que mana hacia el S, a las doce. La Punta está al NNE, a cuatro de distancia. Sharp, al ser nuestro navío del mismo calado que el suyo, nos echó un cable.

Miércoles 25. El martes por la noche, a eso de las nueve, mientras nos dirigíamos a poniente, divisamos una embarcación. La Trinity se desató de nosotros e inició la persecución, alcanzándola en un rato, y conquistándola tras un breve intercambio de arcabucería. Se trataba de un pequeño bajel de guerra que había sido armado en Guayaquil por un puñado de bravucones, quienes hicieron promesa de hacerse a la mar, con una treintena de hombres, y venir a apresarnos, después de haberse envalentonado bebiendo en una taberna. Sin embargo, les hicimos pagar cara su osadía. Al capitán español, cuyo nombre era el de Tomás de Algodoni, tras haberle dado una lección por su insolente atrevimiento, le agasajamos en la Almiranta. En este combate tuvimos tres heridos, sin que sepamos cuántos hubo entre ellos, pues se libró por la noche. A la siguiente alborada, incendiamos la embarcación y seguimos hacia el S.

El veintiséis fui remolcado por Sharp. Latitud 02° 46'. La marea nos ha arrastrado bien dentro de la de Guayaquil. Viento del SO al NO y suave.

Viernes 27. Hoy amaneció despejado. Latitud 03° 15', brisas del NO y del ONO. La corriente se dirige hacia el SO. Por la mañana interrogamos a los prisioneros, por quienes supimos que una de nuestras barcas, la cual nos dejó en Quibo, se acercó hasta Gallo,

donde sus tripulantes desembarcaron, y donde todos fueron asesinados menos uno. Suponemos que era en la que iban el señor Edward Doleman y otros siete más.

Por la noche, los de la Trinity pusieron un estay, pero sin acoplar a tiempo la vela mayor, de modo que nos cayeron por la popa y nuestro bauprés fue a parar al agua.

Sábado 28. A la otra, esa misma nave amarró, a nueve o diez brazas, por lo que la abarloamos con la nuestra, llevándonos con nosotros sus mejores aparejos, y hundiéndola a continuación porque en las cercanías resultó imposible encontrar un árbollo suficientemente largo como para hacer de bauprés. Por la tarde, levamos anclas y marchamos dirección S.

Domingo 29. Nos mantuvimos frente a la orilla, a no más de cinco o seis leguas, a la espera de la brisa terrestre, mas no sopló ninguna. El terreno es elevado, con precipicios, de color albino, y salpicado con valles en los que crecen verdes arbustos. Vientos del SO, acompañados por una recia borrasca entre las diez y las dos p.m., además de una poderosa corriente por el SO que hace mar gruesa.

Lunes 30. Doblamos cabo Blanco. Viento del OSO, galernas broncas y dos roturas en la gavia.

Martes 31. Proseguimos por la costa. Hoy hemos visto dos maderos flotando en el mar, aunque no nos hemos acercado por miedo a ser descubiertos. Latitud 04° 45', lebeches del SO y tiempo agradable.

Miércoles, 1 de septiembre. Avanzamos seis o siete al barlovento, con viento del SO.

Jueves 2. Por la mañana oteamos una vela, latitud 05° 14'. Aires del SO al OSO.

Viernes 3. No cejamos en la persecución del buque, proa al barlovento. Entre el SE y el SSO se produjo una tempestad.

Sábado 4. Finalmente, lo abordamos. Procedía de Guayaquil e iba cargado con madera, algunos bienes de Aduanas y cacao. Se encaminaba a Lima, a la que ahora conocen como Ciudad de los Reyes.

Domingo 5. Iniciamos el expolio. Galernas moderadas del SE y del SSO.

Lunes 6. Cuando hubimos acabado, lo despojamos de todo aquello que nos pareció de valor, rebajando el palo mayor a ras del suelo, y subiendo a bordo a la mayoría de los rehenes, a quienes dejamos en libertad después de haberles entregado seis paquetes con harina y todas las provisiones de las que nos habíamos apoderado. Estimamos entonces que nos hallábamos a cuarenta y cinco leguas al O de las altas cumbres de Paita, a 07° 12' de latitud S. Vientos entre el SE y el SO, siendo nuestra deriva, a poniente, del mismo número de leguas.

Martes 7. Brisas del SSE, buen tiempo. Latitud 07° 35'. Deriva de cinco leguas, y de otras cincuenta, hacia el O.

Miércoles 8. Rachas del SSE al S. Fuertes borrascas. Latitud 08° 05' y deriva, de quince, a poniente. Hoy fue enterrado Robert Montgomery, que murió a causa de sus heridas. Sesenta y cinco al O.

Jueves 9. No hemos recorrido más que una sola, hacia el O. Latitud $08^{\circ} 12'$. Viento del S al SSE. Clima propicio. Sesenta y seis estadios a poniente.

Viernes 10. Deriva, de doce leguas, al O. Latitud $09^{\circ} 06'$. Vientos del SSE. Setenta y ocho más, a ese mismo rumbo.

Sábado 11. Hoy hemos avanzado ocho, también a poniente. Latitud $10^{\circ} 19'$. Ráfagas del SE al SSE. Nieblas.

Domingo 12. Otras trece leguas más, en la misma dirección. Latitud $11^{\circ} 49'$. Vientos del SE al E. Noventa y nueve, hacia el O.

Lunes 13. Otras diecinueve , al O. Latitud $13^{\circ} 24'$. Temporales desde el S y desde el SSE. Por la tarde se produjo en eclipse solar. Deriva, de ciento dieciocho, asimismo a poniente.

Martes 14. Siete más, al O, latitud $14^{\circ} 09'$. Violentos tornados que nos hicieron largar las gavias y deriva, de ciento veinticinco, a poniente.

Miércoles 15. Otras trece, al O. Latitud $15^{\circ} 21'$, con galernas moderadas. Deriva, a ese mismo rumbo, de ciento treinta y ocho.

Jueves 16. La misma cantidad de leguas, al O. Latitud $16^{\circ} 33'$. Más galernas, esta vez del S al SE. Buen tiempo y deriva, a ese mismo punto cardinal, de ciento cincuenta y una.

Viernes 17. Hoy avanzamos cuatro, a poniente. Latitud $18^{\circ} 05'$, con vendavales. Por la noche se levantó una ráfaga que nos obligó a aferrar las gavias durante dos horas. La deriva, al O, ha sido de ciento cincuenta y cinco.

Sábado 18. Tres más, en la misma dirección. Latitud $19^{\circ} 35'$, con chubascos de escasa importancia y rachas, desde el E. Deriva, al O, de ciento cincuenta y ocho.

Domingo 19. Otras cinco más, a poniente. Latitud $21^{\circ} 08'$ y vientos suaves del SSE. Según estos cálculos, nos hemos desviado ciento sesenta y tres leguas al O del meridiano de Paita y, como el agua empieza a escasear, la hemos empezado a racionar, no cabiendo ni a una pinta por cabeza al día, incluido el capitán. En cuanto a la molienda, el único producto restante a bordo, sólo tocamos a cinco onzas diarias.

Lunes 20. Diez más, al E. Latitud $19^{\circ} 48'$. Vientos del O por el E, a diez leguas.

Martes 21. Treinta y un estadios, hacia el E. Latitud $20^{\circ} 12'$, poniente del O y borrascas. Por la mañana, soplaron al SSE. Buen tiempo. Cuarenta y una más, al E.

Miércoles 22. Veintidós más, al oriente. Latitud $19^{\circ} 38'$. Viento del SSE, muy recio. Otras sesenta y tres a ese mismo punto cardinal.

Jueves 23. Otras dos leguas, asimismo al E. Latitud $20^{\circ} 40'$ y una arisca galerna del E y del ESE. Otras sesenta y cinco, a ese mismo destino.

Viernes 24. Otras cuatro leguas más, también al mismo punto cardina. Latitud $21^{\circ} 39'$ y viento del ESE al NE. Sesenta y nueve, en esa misma dirección.

Sábado 25. La misma cantidad de leguas, al E. Latitud 21° 58' y ventolera. Setenta y tres más, a ese mismo punto.

Domingo 26. Cinco leguas adicionales, al E. Latitud 22° 12' y aire del NO. Deriva de setenta y una.

Lunes 27. Hoy hemos recorrido, al E, treinta y cinco leguas más. Latitud 22° 29', con tiempo estable. Viento del N al O, junto con una poderosa marrea del S. Ciento trece, a ese mismo rumbo.

Martes 28. Veintiuna más, al E, y latitud 22° 35', con chubascos desde el S. Deriva, de ciento, treinta y cuatro, al mismo punto cardinal.

Miércoles 29. Otras veinte, también a ese punto. Latitud 22° 18', con buen tiempo. Vientos del S al SE. Ciento cincuenta y cuatro más en la misma dirección

Jueves 30. Hoy han sido, al E, veintiséis leguas más. Latitud 21° 45', con viento del SE y del ESE. Temporales. Ciento ochenta, al mismo rumbo.

1° de octubre. Otras diecisiete, al E. Latitud 21° 12'. Aires del SE y deriva, de ciento noventa y siete, al oriente.

Sábado 2. Otras veintidós más, también al E. Latitud 20° 19' y siroco del SE. Nublado.

Domingo 3. Veintitrés leguas más, asimismo al E. Latitud 19° 37'. Impetuosas tormentas por el SE e igual de encapotado que ayer. Deriva, de doscientas cuarenta y dos, al mismo punto.

Lunes 4. Dieciséis leguas más al E. Latitud 19° 00'. Anoche soltamos las gaviotas para aprovechar mejor la brisa. Deriva, de doscientas cincuenta y ocho, al oriente

Martes 5. Hemos avanzado otras quince más, en la misma dirección que ayer. Latitud 18° 30' y aires broncos del SE y del SSE. Doscientas setenta y tres al E, de deriva.

Miércoles 6. Otras siete, ahora al occidente. La misma latitud que antes de ayer y viento del ESE. La última deriva, a poniente, fue de ciento sesenta y tres, que suman un total de ciento setenta si añadimos las siete anteriores.

Jueves 7. Siete más a poniente. Latitud 19° 30' y desabridas ventiscas por el SE, con nublados. Continuamos nuestra ruta. Fue aquí donde hallé, en una lejanía de veinte leguas hacia el occidente, una poderosa corriente del NO, lo que supone una deriva, al O, de ciento noventa y siete.

Viernes 8. Hoy trece leguas, al E. Latitud 13° 25'. Un flojo siroco del SE y clima benigno. Deriva, al oriente, de doscientas dieciséis.

Sábado 9. Otras once, también al E. Latitud 19° 03' y nublados. Deriva, a ese mismo punto cardinal, de doscientas noventa y siete.

Domingo 10. Cuatro leguas más, igualmente al E. Latitud 19° 50' y vientos del S al oriente. Deriva, de trescientas una, a ese mismo punto cardinal.